



PERIODISMO Y PERIODISTAS ANARQUISTAS EN BUENOS AIRES A COMIENZOS DEL SIGLO XX

JOURNALISM AND ANARCHIST JOURNALISTS IN BUENOS AIRES AT THE BEGINNING OF THE 20TH CENTURY

Ana Lía Rey

anyrey@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0003-4870-056X>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires | Argentina

RESUMEN

La autora transita por el complejo mundo de las publicaciones anarquistas a principios de siglo xx; en especial de *La Protesta*, el diario de mayor circulación entre los militantes ácratas. En el análisis, se pone de manifiesto la importancia que para la divulgación del ideario tuvieron los jóvenes periodistas que combinaron compromiso político con profesionalización de la actividad. A esto se suma el estudio de los cambios comunicacionales orientados a promover la lectura y a lograr la incorporación en tanto intelectuales en el mercado de bienes simbólicos del anarquismo.

PALABRAS CLAVE

anarquismo, cultura,
periodismo, publicaciones

ABSTRACT

This paper studies the complex world of anarchist publications at the beginning of the xx century. The author focuses in particular in *La Protesta*, the journal with the greatest circulation among anarchist militants. The importance of young journalists who were able to combine a political commitment with a professionalization of the activity to spread anarchist ideas is highlighted. In addition to this, the communicational transformations oriented to promote reading and to achieve its incorporation as intellectuals in the symbolic goods market of anarchism.

KEYWORDS

anarchism, culture,
journalism, publications

RECIBIDO

28 | 12 | 2016

ACEPTADO

30 | 03 | 2017

PERIODISMO Y PERIODISTAS ANARQUISTAS EN BUENOS AIRES A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Por Ana Lía Rey

El anarquismo fue una experiencia política y cultural que llegó a la Argentina de la mano de la inmigración a fines del siglo XIX y se expandió durante la primera década del XX. La experiencia política ácrata se realizó a través de la participación de los trabajadores en el incipiente movimiento obrero, en las huelgas organizadas por los gremios afines, en las prácticas de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y en los mítines y en las manifestaciones que convocaron.

El anarquismo sufrió la persecución y la represión policial casi desde sus comienzos, además los gobiernos promulgaron en 1902 y en 1910 leyes que limitaron la permanencia en el país de militantes que perturbaran el orden público (Oved, 1978; Suriano, 2001). Sobre los anarquistas se aplicaron las mayores medidas de exclusión, fueron acusados de ser elementos nocivos para la sociedad, portadores de ideas disolventes y sujetos despreciables para el cuerpo social. La instrumentación de esta política represiva, sin embargo, no alcanzó para impedir que durante las primeras décadas del siglo XX el anarquismo ampliara su militancia en las fábricas y en los grupos mutualistas,

ni para evitar su presencia en la organización de actos de solidaridad obrera o de huelgas para mejorar la vida de los trabajadores. Junto con esta actividad puntual, creció la propaganda oral y escrita y se desarrolló una variedad de experiencias culturales en locales de las Sociedades de Resistencia, en teatros barriales y en bibliotecas.

La propaganda fue una de las herramientas clave para difundir este ideario. Desde los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX las conferencias se multiplicaron y los oradores organizaron cronogramas de participación que los llevaban de un lado a otro en las ciudades y en las provincias donde estaban los trabajadores que realizaban tareas agrícolas temporarias o que buscaban asentarse definitivamente. Los primeros propagandistas, varones y mujeres, trabajaron con su palabra, proponiendo encuentros que facilitaban la distribución de folletos teóricos —muchos de ellos traducidos por inmigrantes—, y aportaron al desarrollo de la prensa ácrata que pronto alcanzó una notable variedad de formatos y de propuestas. Los militantes y los intelectuales cercanos al anarquismo también tuvieron una actividad destacada en la creación de otro tipo de organizaciones culturales como los centros obreros, las bibliotecas, las compañías filodramáticas y las orquestas. Todo ello contribuyó a la conformación de una identidad cultural contestataria en una importante porción de los trabajadores argentinos durante la primera década del siglo XX.

Eva Golluscio de Montoya (1986) afirma que en los círculos libertarios se produjo gran parte del entramado de actividades culturales que tuvieron como objetivo promover la propaganda educadora. Recién a comienzos del siglo XX se inauguraron varios de estos círculos, en los cuales la prensa fue una pieza central en la difusión del ideario. Asimismo, estos grupos promovieron la edición de revistas literarias o de ideas, de diarios o semanarios y de hojas programáticas de grupos de acción; la mayoría de las publicaciones eran de pequeño formato, con escaso número de páginas y de discontinua circulación. Este mundo de papel impreso dio espacio a la participación de «militantes letrados», generalmente jóvenes —intelectuales, poetas y escritores—, que participaban del ideario ácrata y lo defendían por medio de sus escritos, a la vez que aspiraban convertirse en periodistas. Para ellos, el periodismo fue, al mismo tiempo, una forma de profesionalización y una actividad política.¹ La mayoría de estos jóvenes engrosó las filas de los centros creados por los anarquistas denominados «organizadores», que comenzaron a conquistar el escenario ácrata —especialmente, luego de la llegada de Pietro Gori— y se nuclearon en torno al periódico *La Protesta* (Oved, 1978), que para 1902 estaba transformándose en un periódico de frecuencia diaria y en el más importante del movimiento.

Los primeros círculos de estas características aparecieron en Buenos Aires a fines del siglo XIX y unos años más tarde en otros centros urbanos del país. Independientes de las organizaciones obreras, crearon sus propias hojas en el idioma predominante de los integrantes —con artículos tomados de otros diarios y con traducciones hechas por los militantes— y distribuyeron entre sus seguidores periódicos anarquistas europeos. A comienzos del siglo XX se produjo una gran diversificación de estos círculos: a los ya tradicionales se sumaron nuevos centros de acción libertaria, que continuaron utilizando la prensa como una pieza central en la difusión de las distintas corrientes del ideario. En este período se publicaron *El Perseguido* (1890), *El Oprimido* (1894) y *La Protesta Humana* (1897). Estos periódicos no solo fueron la voz de los debates teóricos que el anarquismo mantuvo en Francia y en España, sino que también se constituyeron en la tribuna de expresión de diferentes posiciones políticas frente a los temas locales.²

En este artículo,³ repasamos la acelerada transformación del periódico anarquista *La Protesta*, a partir del momento en el que comenzó su edición diaria, y algunas derivas que se consideran importantes, como el caso de *La Batalla*. A la vez, nos centraremos en la figura de los periodistas que trabajaron en esas redacciones: algunos, aprendiendo el oficio del periodismo, para ejercer luego un trabajo en los diarios de mayor tirada e intentando profesionalizarse como hombres de letras; otros, haciendo de la participación en la prensa partidaria su actividad central como militantes del movimiento ácrata.

La hipótesis que guía el trabajo es que el diario anarquista *La Protesta* informaba a los lectores sobre sus principales temas ideológicos y sobre los conflictos entre el capital y el trabajo, al tiempo que apostaba a introducir aspectos modernizadores que se estaban experimentando en el periodismo «burgués», transformaciones que eran posibles por la incorporación al staff del diario de jóvenes con vocación periodística y literaria que encontraban en el anarquismo un espacio adecuado de compromiso político y de experiencia en la escritura.

LA PRENSA ANARQUISTA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Un observador de la época, Jorge Navarro Viola (1897), advertía que los diarios «*La Nación* y *La Prensa*, tras una vida de constante labor, han sabido sostenerse y llegar hasta nosotros, siempre a la cabeza, amoldándose perfectamente a las exigencias de un público nuevo [...]» (p. 20).

Como bien sintetiza el autor, a comienzos del siglo xx se experimentaron cambios significativos hacia el interior de la comunicación social que se desplegaron en varias direcciones: los avances tipográficos y los novedosos formatos que facilitaron la lectura, y la incorporación de nuevas prestaciones al quehacer periodístico que comenzaron a moldear un nuevo tipo de profesional para satisfacer las exigencias de información que reclamaba un público cada vez más amplio y diverso. Nos referimos a los servicios de corresponsalías, a las noticias telegráficas y a los corresponsales viajeros.

Si bien las incorporaciones de orden tecnológico y los cambios en el modo de hacer periodismo indicaban una transición que tensionaba el modelo hegemónico del periodismo político francés, basado en la función pedagógica del medio y en el rol central de la política, ese periodismo de debate era producido por medios que, muchas veces, se creaban para satisfacer las necesidades de una campaña electoral. La novedad hacia un nuevo estilo estuvo marcada por el «profesionalismo», por el desarrollo de empresas periodísticas de envergadura y, fundamentalmente, por los nuevos tópicos y los temas para el interés de los lectores, como las crónicas costumbristas y los deportes, relacionados con la diversificación y con la ampliación de los gustos. A pesar de esas grandes y evidentes diferencias, los diarios argentinos continuaron apareciendo como órganos fuertemente ligados al poder político y al Estado. Esta característica se verifica tanto en sus formas de financiación como en su estilo de intervención pública (Duncan, 1980; Halperin Donghi, 1987; Ramos, 1989; Rivera, [1980] 1998; Zanetti, 2004; Saitta, 1998).

La prensa local de principios del siglo xx participaba del proceso de transformación que los periódicos experimentaban a escala mundial, cuando los diarios se convirtieron en fenómenos culturales de creciente proyección y configuraron un nuevo campo de lectura que satisfacía gustos y tradiciones diversas. En ese periodismo emergente y renovado, un nuevo grupo de intelectuales, provenientes de las capas medias, encontró una vía de reconocimiento social que ponía su producción literaria a un público ampliado y le proveía del necesario sustento económico. Estos nuevos intelectuales

participaban en las ediciones diarias de grandes y de pequeños periódicos, en publicaciones semanales o quincenales, tanto culturales como incipientemente masivas, y también en la naciente prensa contestataria.

La prensa contestataria, en general, y la anarquista, en particular, buscaban no solo profundizar la propaganda y la difusión de las líneas ideológicas, sino también disputar una porción del mercado de bienes simbólicos existente. El mercado al que hacemos referencia se definía por la producción de información sobre conflictos gremiales o sobre denuncias sociales, por la circulación de material ideológico, por la divulgación de literatura de tono social y de obras de teatro que representaban los problemas que atravesaban los trabajadores, los recién llegados, los anarquistas y los socialistas (Suriano, 2001; Anapios, 2011; Ansolabehere, 2005).

En la misma publicación de Viola, Roberto Payró trazó un panorama de estos nuevos medios, describió su incremento y detalló aquellas publicaciones que estaban circulando:

El anarquismo cuenta con numerosas hojas que —para ser lógicas— son completamente anárquicas; aparecen cuando quieren o cuando pueden, son anónimas por regla general y su propaganda no se hace notable ni por su cultura ni por la solidez del raciocinio (Payró, 1897, p. 65).

Sin embargo, la enumeración de las publicaciones libertarias que realiza Payró nos brinda una idea de la voluntad de penetración de las producciones anarquistas en los nuevos espacios que se abrían a la lectura periódica en el Buenos Aires de fines del siglo XIX.

Esta expansión de la prensa no tuvo un desarrollo social unidireccional, ya que la ampliación del campo de lectura producido por el progreso de la instrucción pública, la ampliación de los estudios medios y la diversificación de escuelas profesionales en el ámbito universitario contribuyeron a incorporar a los sectores populares en el hábito de la lectura (Prieto, 1988), lo que amplió, progresivamente, la existencia de un público culto disponible. En este comienzo del siglo XX, no solo diarios como *La Nación*

y *La Prensa* estuvieron presentes en el mercado de la prensa, sino también aquellos que buscaban llegar con un discurso de protesta social tanto a los sectores populares criollos como a los extranjeros recientemente incorporados a la vida productiva del país.

Una parte de estos extranjeros trajo consigo ideas contestatarias (socialistas o anarquistas) que, aunque no siempre estuvieron sólidamente articuladas, los constituyeron en un público potencial de las publicaciones que, a veces en castellano y otras en su lengua nativa, comenzaron a poblar el campo del periodismo argentino, generando formas de comunicar, de relacionar y de organizar a estos grupos. Desde estos diarios se convocaba al lector a participar en la lucha social y se le ofrecían soluciones para salir de la opresión de clase. En suma, esta prensa llenaba el espacio vacío que dejaba la prensa burguesa que solo se dedicaba a la información general sin atender a las necesidades de inserción social de los trabajadores. Como afirma Guillermo Sunkel (1983) estos órganos obreros, que tenían la función de ilustrar y de civilizar al trabajador, fueron el escalón previo a la configuración de los periódicos de masas que aparecieron en la segunda década del siglo xx.

El anarquismo generó temas que despertaron interés en aquellos actores —básicamente, trabajadores— que, por entonces, se movían en los márgenes de la vida pública, mediante la configuración de discursos que contribuyeron a la elaboración de una idea general de pueblo y de las problemáticas de lo popular (Godoy, 2000).

Por entonces, Payró minimizó la importancia de las hojas ácratas, a favor de la solidez y de la continuidad alcanzada por el periodismo socialista, cuyo ejemplo más claro lo constituyó *La Vanguardia*; su temprana intervención estuvo teñida de una mayor preferencia ideológica hacia el socialismo pero su mirada contemporánea no alcanzó a poner en comparación procesos de profesionalización y de modernización periodística que tanto *La Protesta* como *La Vanguardia* comenzaron a desarrollar a poco de iniciado el siglo xx.

Como ha estudiado Juan Buonome (2016), *La Vanguardia* se propuso lograr el doble proceso de organización política y de concientización de los trabajadores, sin olvidar el desafío de captar adherentes, más allá de aquellos ya convencidos por la propaganda partidaria. Los triunfos y el posicionamiento del Partido Socialista en la arena electoral llevaron al diario a un proceso de modernización y de profesionalización periodística que incluyó novedades técnicas, como la información cablegráfica,

y nuevos temas, como aquellos que se trataron en las secciones dedicadas al ocio, «dando cuenta de una zona importante del discurso público socialista tramada en torno a una interpelación “popular” que remitía a espacios distantes del trabajo y la política» (Buonome, 2016, p. 11).

Las publicaciones libertarias mencionadas por Payró —*El Perseguido*, *La Questione Sociale*, *El Oprimido*, *L’Avennire* y *La Voz de la Mujer*, entre otras— nos ofrecen una idea de la voluntad de penetración de los intelectuales anarquistas en los nuevos espacios que se abrían a la lectura periódica en el Buenos Aires de fines del siglo XIX.

En contraste con la mirada de Payró, en 1927 Max Nettlau realizó un balance diferente de la producción anarquista del período y la ligó con el avance del movimiento ácrata en Europa a finales del siglo XIX:

En los años que siguen a 1890 las publicaciones libertarias localizadas hasta entonces sobre todo en Buenos Aires, Montevideo, México y Habana se vuelven poco a poco, pero con un impulso que no deja de estar en relación con el gran florecimiento de estos movimientos en Europa de 1890 a 1894, más numerosas, más estables algunas, muchas surgen en ciudades de provincia y en otros países suramericanos, especializándose también por oficios, penetrando también en la esfera de las aspiraciones literarias y artísticas. [...] estas historias muestran ordinariamente una ascensión gradual interrumpida por períodos de persecuciones exteriores, que pueden suprimir los periódicos o forzarles a llevar por algún tiempo una vida clandestina, pero que no interrumpen jamás el movimiento que hace renacer los periódicos una vez que ha pasado la tempestad (p. 8).

Pese a la diferente valoración que hicieron Payró (1897) y Nettlau (1927) sobre la calidad y sobre la continuidad de la prensa anarquista ambos coinciden en un punto: la producción de este tipo de periódicos se encontraba por entonces en ascenso y los avances y los retrocesos que se verificaban dentro de esa tendencia general obedecieron tanto a su fragilidad económica y organizativa como a las persecuciones desatadas desde el Estado. Podemos agregar, para el caso de *La Protesta*, que este periódico participó de ese tiempo de modernización periodística apelando tanto al uso pedagógico de la lectura como al crecimiento del campo de lectores fruto de las políticas

educativas del Estado, al tiempo que consideraba a la modernización de su diagramación periodística y a los nuevos contenidos —además de los doctrinarios— centrales para ampliar el número de lectores.

LOS CAMBIOS EN LA NUEVA REDACCIÓN Y LAS EXIGENCIAS DE LA APARICIÓN DIARIA

Una de las estrategias para construir herramientas editoriales fue —como lo ha estudiado Lily Litvak (2001) para el anarquismo español— la pretensión de contar con periodistas no profesionales. De este modo, la producción escrita sería el resultado de la participación de la misma masa de lectores y de los propios militantes o simpatizantes. Para el caso de *La Protesta*, podemos señalar que, efectivamente, muchos lectores enviaron sus poemas y otro tipo de artículos. El diario informaba en sus páginas sobre el material recibido, no solo desde Buenos Aires; aunque no todo se publicaba y, muchas, veces el diario servía para explicar los motivos por los cuales un artículo no iba a aparecer en sus páginas.

La edición diaria de *La Protesta* generó algunos cambios en la forma de editar y, fundamentalmente, en la conformación de la redacción. Si bien muchos obreros se pusieron al frente de la información sobre los conflictos a difundir, la dinámica de la publicación estuvo dada por un grupo de jóvenes que pretendía convertirse en periodistas y vivir de ese oficio. Como remarca Juan Suriano (2001), el diario fue escenario de la lucha establecida entre dos grupos, denominados por el autor como «doctrinarios puros» e «intelectuales heterodoxos», que arribaron al anarquismo desde distintas procedencias ideológicas.⁴ Como afirman Diego Armus (1999) y Mariana Di Stefano (2015), las publicaciones anarquistas fueron campos fértiles para varios ensayos de participación periodística, tanto en el campo literario como en el específico de los discursos libertarios.

En 1902, *La Protesta*, hasta entonces de aparición semanal, informó a sus lectores que la dirección había tomado la decisión de convertirse en un diario, situación que recién se efectivizó en 1904. Hasta ese momento, el periódico estuvo orientado a satisfacer las necesidades del público militante pero, a partir de esa fecha, intentó sumar a un grupo más amplio de lectores, ofreciéndole información más diversificada. Su nuevo administrador, Juan Creaghe, había publicado *El Oprimido*, que circuló en la ciudad de

Luján, su lugar de residencia como médico. Con su llegada, *La Protesta* se propuso ser la voz de la vertiente organizadora del movimiento, que había hecho pie en el diario con anterioridad. Fue Creaghe quien le abrió las puertas del diario a Alberto Ghiraldo, quien al poco tiempo se convirtió en su director.

El 28 de agosto de 1904, *La Protesta* suspendió su edición hasta el 1 de septiembre, para ultimar los detalles del cambio gráfico. Creaghe, hasta ese momento el responsable editorial del diario, escribió sobre los cambios instrumentados en el formato y en la estructura, y presentó a los nuevos compañeros de la gran empresa emprendida:

Ahí están, los amigos que han de acompañarnos en la tarea: Ghiraldo, manifestando su entusiasmo que sobrepasa nuestro cálculo, dispuesto a consagrar al diario sus mejores horas, enriquecido con innumerables experiencias periodísticas que han de ser eficacísimas para *La Protesta* (*La Protesta*, 27/8/1904, p. 1).

La llegada de Ghiraldo rompió con aquel ácido diagnóstico de Payró que caracterizaba a la prensa anarquista como efímera e insustancial. El nuevo director pretendió darle al periódico continuidad, contenidos ideológicos específicos y, a la vez, un nuevo abanico de autores y de temas. Por esos años, Ghiraldo aspiraba a convertirse en un escritor de tiempo completo; había publicado libros y trabajado en revistas literarias, pero a partir de 1902 le sumó a esa vocación literaria su posicionamiento político en el anarquismo. Casi en simultáneo, comenzó a dirigir la revista *Martín Fierro*, que más tarde se convertiría en el suplemento ilustrado del diario.

El diario *La Protesta* era matutino, contaba con información telegráfica sobre los asuntos del trabajo en el exterior y con una copiosa información del movimiento obrero de toda la república. Se vendía en puestos callejeros y por suscripción, pagaba modestamente colaboraciones externas y contaba con media página de avisos de oferta y de demanda de trabajo que se publicaban en forma gratuita.

En esta empresa editorial acompañaron al director algunos jóvenes que transitaban por el mismo camino político y literario: Julio Barcos, Emiliano Carulla, Alejandro Sux, Rodolfo González Pacheco y Carlos de Soussens, entre otros. Todos ellos conformaron una red de intelectuales que, con desigual intensidad, participaron en los

emprendimientos de Ghiraldo, eran cófrades de la, por entonces, denominada «bohemia roja», admiradores de Darío y asiduos concurrentes a las peñas literarias de los cafés porteños.



Frente de *La Protesta* (1904). Archivo General de la Nación, inventario 151672

La nueva gestión no abandonó la función teórica y propagandística del diario, pero amplió el horizonte de la información ofrecida, para crear un medio que «a la vez que adoctrine, informe, divierta y eduque en el más amplio sentido de la palabra» (*La Protesta*, 1/9/1904, p. 1). Ghiraldo quiso moverse en el sentido de los cambios culturales que se estaban produciendo en Buenos Aires y, de esa forma, ganar lectores, compitiendo con otras herramientas en los márgenes del mercado y haciendo que el diario dejara de tener como único objetivo la difusión del ideario ácrata.

Esa experiencia modernizadora trajo como consecuencia un aumento en la tirada del diario. A ello contribuyó la publicación de folletines y la incorporación de artículos firmados por periodistas cercanos al entorno del director: Carlos de Saussens, Julio Barcos, Juan Más y Pi, y Manuel Ugarte, entre otros. Sin embargo, esta modernización editorial no tardó en provocar el enfrentamiento con otros grupos que, dentro del anarquismo, tenían diversa forma de entender el ejercicio periodístico en un diario como *La Protesta*.

El periodista español Eduardo Gilimón, uno de los fundadores de *La Protesta Humana*, se colocó a la cabeza de quienes enfrentaron a Ghiraldo y llevó a cabo una campaña de desprestigio que culminó con su alejamiento. De esa forma, *La Protesta* inició una nueva etapa dominada por la presencia de otros grupos anarquistas y de miembros de la FORA. La idea de estabilizar un diario ácrata y de aumentar el número de lectores, a la par de responder a un lineamiento doctrinario, encontró un límite infranqueable (Rey, 2004).

Para Ghiraldo, no obstante, haber dirigido *La Protesta* se constituyó en una marca de prestigio intelectual; aprovechó un lugar vacante para la creación cultural dentro del anarquismo y encontró una vía de legitimación intelectual desde donde inició el camino hacia la profesionalización. Años más tarde, Juan Más y Pi (1911) escribió sobre esta experiencia:

[...] «La Protesta», que fué por mucho tiempo el exponente de una juventud fuerte y altiva y de una tendencia artística algo más elevada que la del común de las gentes.

«La Protesta» fué, más que otra cosa, una tendencia de arte en el ambiente de negación que circunda a los espíritus llenos de ideas en este comercial y cartaginés Buenos Aires. [...] fué la aspiración hacia un mejoramiento moral y colectivo, y en medio de la torpeza de un periodismo sin rumbo y sin fé, en medio de una vida sin ideales, «La Protesta», bajo la dirección de Ghiraldo, fué un campo abierto á todas las opiniones, á todos los anhelos y tuvo una influencia decisiva en la futura marcha de las letras nacionales (Mas y Pi, 1911, pp. 49-50).

Aunque las intenciones de Ghirardo fueron novedosas para un diario anarquista, la experiencia no pudo sostenerse en el tiempo. No obstante esta derrota, el escritor continuó batallando en el campo ácrata, publicando revistas, organizando mítines, dando conferencias y acompañando luchas como la derogación de la Ley de Residencia.

Las mayores transformaciones editoriales y los indicios de modernización periodística se produjeron entre 1902 y 1906, aunque hacia 1910 Gilimón, un propagandista ortodoxo, impulsó la creación de un nuevo diario, el vespertino *La Batalla*.

Los progresos de *La Protesta*, principalmente en Buenos Aires, han sido sencillamente asombrosos [...]. Y bien en vista de esto, yo pensé que sería muy del caso afirmar nuestra fuerza y predominio fundando un diario más, que consideré fácilmente viable. He creído siempre que en tanto el anarquismo no tenga una prensa tan numerosa como la burguesía y aun la supere no será posible ir a la destrucción del presente régimen con probabilidades de éxito.

No hay necesidad de muchas disquisiciones para convencerse de esto.

El desarrollo del anarquismo en este país, que se puede afirmar supera en mucho al de cualquier otra región, se debe a la acertada ideal del compañero Creaghe de convertir *La Protesta Humana* de semanario a publicación diaria.

De no haberse hecho así pronto los socialistas [...] y como ha sucedido en toda Europa hubieran monopolizado al movimiento obrero y anulado el desarrollo del anarquismo.

Forzoso es fundar tantos diarios como se crea posible mantener, y fundarlos apenas se vea una posibilidad de existencia. La prensa es la gran palanca de la vida moderna [...] (*La Batalla*, 5/3/1910).

Aunque breve, este experimento periodístico tuvo ribetes interesantes, ya que los vespertinos, como señala Sylvia Saïtta (1998), desde comienzos del siglo XX se convirtieron en emprendimientos culturales que ensayaron nuevas maneras de interpelar a los lectores y un nuevo tratamiento de la noticia, así como la incorporación de noticias deportivas y de espectáculo. González Pacheco, que había sido parte de la experiencia modernizadora de *La Protesta* se convirtió en el director de *La Batalla*, que contó con una sección de crítica teatral, con artículos sobre práctica deportiva y con notas de divulgación científica.

Después del Centenario, la prensa anarquista, y en menor medida la socialista, se sumió en un prolongado silencio. El Estado de sitio, la quema de ambas imprentas y la destrucción de las instalaciones fueron golpes duros para la continuidad editorial de los diarios; sin embargo, reabrirlos siempre fue un objetivo de las principales figuras ácratas. Mientras que *La Batalla* no volvió a circular, Carulla organizó la nueva puesta en marcha de *La Protesta* —que circuló, en la clandestinidad, primero, y en la calle, luego—, pero debían empezar prácticamente de cero, ya que la maquinaria de edición que les había permitido sacar el diario, y ofrecer servicios como «manifiestos, talonarios, papel carta, programas», había sido destruida durante la represión del Centenario.

CONCLUSIONES

Ghiraldo, González Pacheco, Barcos, los hermanos Maturana, Carulla y Sux fueron jóvenes intelectuales que tensionaron la línea doctrinaria del anarquismo. Si bien es cierto que entre los intelectuales anarquistas podemos contar con «doctrinarios puros» y con «heterodoxos», creemos que estos últimos le dieron al movimiento ácrata una proximidad a temáticas que no eran solo doctrinarias sino que se enmarcaban en problemas culturales más amplios. Esa fue la impronta que tuvieron como escritores y como periodistas ácratas que buscaban un lugar destacado y de reconocimiento en el mercado de bienes simbólicos de entonces.

Casi todos estos periodistas, además, pasaron por *La Protesta* y acompañaron a Ghiraldo; muchos, incluso, también lo siguieron en otros emprendimientos editoriales, como las revistas *Martín Fierro* (1904) e *Ideas y Figuras* (1909), conformando una

red de jóvenes intelectuales que encontraron en el anarquismo un espacio intelectual desde donde proyectarse, un espacio que les permitía convivir con otras publicaciones y actividades como, por ejemplo, el teatro.

Esta proyección estuvo enmarcada en dos cuestiones centrales: por un lado, la construcción de la profesión y del periodismo como forma de vida y como lugar de ensayo de sus apuestas estéticas: por otro, la necesidad de encontrar lugares desde donde plasmar una prédica opositora al modelo político. En junio de 1912 el periodismo sintió limitadas sus libertades, y se reunió en un *Manifiesto de los periodistas argentinos*, frente a la instrumentación de la Ley de Defensa Social y los notables avances de la censura y de las limitaciones legales por la supresión del *habeas corpus* que afectaba el ejercicio del periodismo. Ghiraldo y Tito Livio Foppa, entre otros, firmaron el Manifiesto que se replicó en Uruguay en un mitin realizado en Montevideo, con gran presencia de público local y argentino.

Por entonces, Ghiraldo dirigía la revista *Ideas y Figuras* y no perdía las esperanzas de ser nuevamente director del diario *La Protesta*. Lo intentó cuando cubrió al detalle un conflicto de magnitudes: la detención del periodista Teodoro Antilli y del administrador del diario, Apolinario Barreda, por la publicación de un artículo sobre Simón Radowitzky que generó la clausura del medio. *Ideas y Figuras* transcribió todo lo referido al juicio y Ghiraldo volvió a ocupar el doble rol de director de la revista y del diario, aunque por muy poco tiempo. Rápidamente, comenzaron las tensiones con aquellos que dudaban de su pureza ideológica y de su rol como intelectual anarquista, pero no hay dudas de que Ghiraldo y otros que lo acompañaron pensaron en una forma de comunicar que interpelaba a más lectores y que creaba nuevos intereses dentro del molde ácrata.

Si solo miramos la experiencia libertaria en función de su condición de tributaria de tradiciones intelectuales variadas que se expresan en la prensa o en la folletería, y no medimos la existencia de estrategias de comunicación que las acompañaron o los modos de entender la participación política y la militancia en espacios políticos muy heterogéneos, estamos quitándole dinamismo al anarquismo y a su prensa.

Después del Centenario, muchos de los que hicieron *La Protesta* comenzaron a trabajar en los grandes diarios como corresponsales; otros cambiaron su adscripción política hacia el radicalismo o, incluso, abrazaron el fascismo en los años treinta, como Carulla. Pero, más allá de sus trayectorias secundarias, estos intelectuales ácratas que dieron luz a centenares de relatos literarios, de poemas y de intervenciones en hojas, en folletos y en diarios durante las primeras décadas del siglo XX marcaron con su acción política y cultural un tiempo de esperanzas, y fueron ejemplo para la prensa militante del siglo que recién comenzaba.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abad de Santillán, D. (1930). *El movimiento anarquista en la Argentina. Desde sus comienzos hasta el año 1910*. Buenos Aires, Argentina: Argonauta.

Anapios, L. (2012). *El movimiento anarquista en Buenos Aires durante el periodo de entreguerras* [Tesis doctoral]. Buenos Aires, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Ansolabehere, P. (2005). «Mercado negro, mercado rojo». Mimeo.

Armus, D. (1999). *La prensa anarquista, entre la política y la cultura*. Berkeley, Estados Unidos: Universidad de California.

Buonome, J. (2016). *Periodismo militante en la era de la información. La Vanguardia, el socialismo y los orígenes de la cultura de masas* [Tesis de Doctorado]. Buenos Aires, Argentina: Universidad de San Andrés.

Di Stefano, M. (2015). *Anarquismo de la Argentina. Una comunidad discursiva*. Buenos Aires, Argentina: Cabiria.

Duncan, T. (1980). La prensa política: Sud-América, 1884-1892. En Ferrari, G. y Gallo, E. *La Argentina del ochenta al centenario (761-783)*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Golluscio de Montoya, E. (1986). Círculos anarquistas y circuitos contraculturales en la Argentina de 1900. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 46(1), 49-64.

Halperin Donghi, T. (1987). *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Nettlau, M. (1927). Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914. En *Certamen Internacional de La Protesta en ocasión del 30 aniversario de su fundación*. Buenos Aires, Argentina: CeDinCi.

Litvak, L. (2001). *La musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*. Madrid, España: Fundación Anselmo Lorenzo.

Mas y Pi, J. (1911). *Alberto Ghirardo*. Buenos Aires, Argentina: Establecimiento Tipográfico E. Malena.

Navarro Viola, J. (1897). *Anuario de la Prensa Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta Pablo Coni.

Oved, I. (1978). *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México D. F., México: Siglo XXI.

Payró, R. (1897). La prensa socialista. En Navarro Viola, J. *Anuario de la Prensa Argentina (51-70)*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta Pablo Coni.

Prieto, A. (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Ramos, J. (1989). *Desencuentros de la modernidad. Literatura y política en el siglo XIX*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.

Rivera, J. [1980] (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires, Argentina: Atuel.

Saitta, S. (1998). *Regueros de tinta*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Sunkel, G. (1983). *Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política*. Santiago de Chile, Chile: Estudios Ilet.

Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.

Viñas, D. (1995). *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Zanetti, S. (2004). *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

Anapios, L. (2011). Una promesa de folletos. El rol de la prensa en el movimiento anarquista en la Argentina (1890-1930). *A contra corriente*, 8(2), 1-33. Recuperado de <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/412/628>

Godoy, A. (2000). El caso de la prensa anarquista, en la prensa obrera. *Investigación y Crítica. Revista del Centro de investigaciones sociales*, (4). Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/chile/arcis/godoy.rtf>

Rey, A. L. (2004). Periodismo y cultura anarquista en la Argentina de comienzos del siglo XX. Alberto Ghirardo en *La Protesta y Martín Fierro*. En *Hipótesis y Discusiones* / 24. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de www.ahira.com.ar/textos/estudios/Rey-ProtستاMartinFierro.pdf

NOTAS

1 Podemos brindar una larga lista de nombres que participaron con desigual intensidad en las filas anarquistas y que fueron, poco tiempo después, parte de la redacción de los diarios más importantes: Alberto Ghirardo, Félix Basterra, Alejandro Sux, Tito Livio Foppa, José Maturana, entre otros.

2 Para una aproximación a la prensa anarquista en general y a la identificación de diferentes grupos de acción con publicaciones que circulaban dentro del movimiento véase: Certamen Internacional de La Protesta (1927), Diego Abad de Santillán (1930), laacov Oved (1978), Juan Suriano (2001) y Luciana Anapios (2011, 2012).

3 El trabajo fue financiado por la Universidad de Buenos Aires. Programación Científica 2014-2017. Proyecto trienal UBACYT «Cercanías: literatura argentina y publicaciones periódicas» (código 20020130100499BA).

4 La hipótesis de Suriano se centra en el primero de los grupos y deja de lado la imbricación o el entramado complejo del segundo grupo con el conjunto del movimiento y con el campo cultural más amplio.